

Entre los cantos o los himnos que la Iglesia recoge desde hace siglos, se cuentan no solamente el *Credo* o el *Gloria*, sino también el *Veni Creator*³ y el *Te Deum*. Son textos cristianos y, por ende, trinitarios. Es notable, efectivamente, constatar que el *Credo* está ligado a la confesión de la fe bautismal de las tres Personas divinas, que sucesivamente canta el *Gloria*. Uno y otro se detienen en Cristo, el Verbo encarnado, que nos ha revelado al Padre y nos ha dado su Espíritu; lo mismo sucederá en el *Te Deum*. Podemos también agregar que los cantos usuales de la misa, como el *Kyrie*, el *Sanctus* y el *Agnus Dei*, son trinitarios, en sentido propio para los dos primeros, en sentido de trilogía para el tercero. Así, todo nos lleva a los Tres, en el nombre de quien hemos sido bautizados, para que le cantemos e imploremos, a fin de volver a encontrarlos con todos los santos en la Vida eterna.

Comenzaremos por dar algunas indicaciones sobre el origen del *Te Deum*, antes de proponer un comentario sucinto de él.

El *Te Deum*.
Himno a la
gloria de Dios
y de sus
santos²

CuadMon 142 / 143
(2002) 359-376

¹ Nació el 26.02.46. Entró en la Abadía de Santa Ana de Kergonan (Plouharnel, Morbihan, Francia) el 30.11.1963, e hizo su profesión temporal el 08.12.1965. Fue elegido abad el 27.05.1983, recibiendo la bendición abacial el 16.07.1983. Juan Pablo II lo nombró obispo de Mende (Lozère, Francia) el 16.12.2001. Es autor de numerosas obras y artículos, sobre todo de temas relacionados con la liturgia del Vaticano II. En el año 2001 publicó: *La messe au fil de ses rites* (réédition), *La saveur des Psaumes* (Éds. C.L.D.); *Le moine et le Lama* (Éds. Fayard).

² Traducido de: *La Vie Spirituelle* n. 737, Éd. du Cerf, 2000, pp. 621-638. Versión castellana de la Hna. María Juan, osb (Abadía *Gaudium Mariae*. San Antonio de Arredondo. Córdoba. Argentina).

³ Ver nuestro comentario en *Communio* XXIII, 1-2, n° 135-136, enero-abril 1998: "Deux hymnes à l'Esprit Saint: le *Veni Creator* et le *Veni Sancte Spiritus*", pp. 163-181.

⁴ Cf. *The Oxford Dictionary of the Christian Faith*, Edited by F. L. CROSS, Second Edition

Un origen antiguo

A partir del siglo IX, una tradición que data del siglo VIII atribuye la composición del *Te Deum* a san Ambrosio y a san Agustín; ambos lo habrían improvisado con motivo del bautismo del segundo, pero esto es demasiado hermoso para ser verdadero⁴, aun cuando las antiguas ediciones del Breviario romano le daban este título: *Hymnus sanctorum Ambrosii et Augustini*.

Dos referencias a nuestro himno obligan sin embargo a hacerlo remontar antes del siglo VI. En su *Regla*, san Benito (480-547 de acuerdo a los datos que poseemos) lo prevee al final de las vigiliias del domingo: “Después del cuarto responsorio empiece el abad el himno *Te Deum laudamus*. Un vez dicho, lea el abad una lectura de los Evangelios, estando todos de pie con respeto y temor”⁵. Al término de la salmodia, de las lecturas y de los responsorios, el himno aparece como una especie de ovación al Cristo pascual. Lo mismo sucede con Cesáreo de Arlés (470-542), que prevee el *Te Deum* al final del oficio dominical de la mañana, en la *Regla* escrita para los monjes⁶, cuando todavía era abad de Lérins.

En la investigación del origen de nuestro himno, hay que destacar que existe cierto paralelismo en el oficio de la mañana, entre el *Te Deum* y el *Gloria in excelsis Deo*: el himno entonado por los ángeles de la Navidad (Lc 2,14), que se desarrolla de manera trinitaria, aparece al final de Laudes. Curiosamente, está seguido en esta ubicación por una serie de versículos sálmicos, que reencontramos en el final del *Te Deum*. “La última parte del himno a partir de los versículos bíblicos, explica H. Leclercq, acompañaban primitivamente el *Gloria in excelsis* y formaba parte también de la oración oficial de la mañana. La importación del *Gloria* en Occidente es atribuida, no sin fundamento, a san Hilario por los manuscritos y por la mayoría de los liturgistas. Ya sea exacta o no esta atribución, es muy natural que los versículos adicionales hayan corrido la suerte del *Gloria*. Aun cuando fueron desmenbrados de este último, para ser adosados a las estrofas del *Te Deum*, se mantuvieron en una relación íntima con la doxología angélica. Se sigue reuniendo al final de los salterios el *Gloria in excelsis* y el *Te Deum*,

revised by F. L. CROSS and E. A. LIVINGSTONE, Oxford University Press, 1974, p. 1343. Ver también P. PARIS, p.s.s., *Les Hymnes de la liturgie romaine*, Paris, Beauchesne, 1974, pp. 115-116. 124: esta conferencia (pp 115-139) es una de las mejores explicaciones del *Te Deum* de que disponemos. Ver también M. G. MARA, “Te Deum” en el *Dictionnaire Encyclopédique du Christianisme ancien*, t. 2, Paris, Cerf, 1990, p. 2382.

⁵ Cap. 11, 8-9.

⁶ *Regula monachorum*, 21.

⁷ En el artículo “Te Deum” del *Dictionnaire d’Archéologie chrétienne et de liturgie*, Paris, Letouzey

como dos piezas estrechamente ligadas y que se equivalen mutuamente en el uso litúrgico. Uno y otro eran universalmente cantados como oración de la mañana por excelencia al final de los Laudes del domingo. Cuando resultó demasiado largo el canto sucesivo de los dos himnos, se asignó el *Te Deum* al sábado y el *Gloria* al domingo, como lo prescribe san Aurelio de Arlés en su *Regla*: o también se transfirió el primero al final de las vigiliias, siguiendo el orden asignado por san Benito⁷⁷.

Parecería pues que el *Gloria*⁸ fuera el himno más antiguo, venido de Oriente, y seguido de los versículos sálmicos que termina el *Te Deum*. Este último finaliza, efectivamente, con las palabras *Aeterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari*. Actualmente, la relación entre los dos himnos se mantiene en el hecho de que el *Te Deum* está prescrito al final del oficio de lecturas los domingos y las fiestas, celebraciones en las que el *Gloria* se canta en la misa. Los versículos adicionales, esencialmente sálmicos y por lo tanto mucho más antiguos que el *Te Deum*, pueden ser omitidos. Transcribimos las disposiciones de la Presentación general de la Liturgia de las horas sobre este tema:

“En los domingos, excepto los de Cuaresma, en los días de las octavas de Pascua y de Navidad, en las solemnidades y en las fiestas, después de la segunda lectura, seguida de su responsorio, se recita el himno *Señor, Dios eterno (Te Deum)*, el cual se omite en las memorias y en las ferias. La última parte de este himno, desde el versículo *Salva a tu pueblo, Señor* hasta el fin, puede omitirse libremente⁹ .

Determinada ya la amplitud exacta del *Te Deum*, resta ahora atribuirle un autor. Debe ser anterior al siglo VI, ya que san Benito y san Cesáreo de Arlés, que han muerto antes de la mitad de ese siglo, lo mencionan. Eso supone una difusión que se remonta bastante temprano en el siglo V. La crítica postula un autor occidental. El benedictino Dom G. Morin es quien descubre su supuesta identidad; se ha explicado en varios artículos de la

et Ané, t. 15 segunda parte, 1953, cols. 2030-2031.

⁸ El *Gloria* se remonta como mínimo al siglo IV; aparece en las *Constituciones apostólicas*, que datan del 380. Era ante todo un himno del oficio de la mañana, según el testimonio de san Atanasio (295-373) en su *Tratado sobre la virginidad* (cap 20); no entró en la liturgia de la misa más que a comienzos del siglo VI. Cf. L. DEISS, *Printemps de la liturgie*, Paris, Ed. du Levain, 1979, pp. 240-241.

⁹ N° 68. *The Book of Common Prayer* prescribe el uso del *Te Deum* todos los días en *Laudes*, como elección posible en lugar del *Benedictus*. En los Bizantinos, está previsto al final de la hora litúrgica matinal.

¹⁰ M. G. MARA en el artículo “Nicetas de Rémésiana” del *Dictionnaire encyclopédique du*

Revue Bénédictine. Después de haber indicado a algún Nicet, parece probar que se trata de Nicetas, obispo, al final del siglo IV, de Remesiana en Dacia, antigua provincia romana a la que corresponde en parte Serbia¹⁰.

Dom Morin se apoya en el hecho de que diez de los manuscritos más antiguos del himno, entre ellos varios de origen irlandés o inglés, lo atribuyen a Nicetas. Ahora bien, “sabemos que Irlanda, después de su primera evangelización, se mantuvo durante mucho tiempo sin comunicación con el continente; los manuscritos de sus monasterios deben a esta circunstancia el haber conservado intactas las tradiciones del siglo V”¹¹.

La ciudad de Remesiana es actualmente la aldea serbia de Bêla-Palanka, entre Nish y Pirot, casi a medio camino entre el mar Adriático y el mar Negro. Estaba bajo el imperio romano una villa de comercio entre Belgrado y Constantinopla, allí donde las influencias latina y griega se entremezclaban. Nicetas sabe el griego, pero se vuelve hacia Roma, a la que ha ido varias veces, al menos en el 398 y en el 402, para rehacer sus fuerzas de misionero y de catequista. En estas dos últimas fechas, continuó el viaje hasta Nola en Campania, para visitar a Paulino, ese bordelés docto que había renunciado a sus riquezas de personaje consular, que las dos veces le dedica un poema, lo que nos informa sobre Nicetas. Se pierde luego la pista del obispo de Remesiana, y los fragmentos de su obra son repartidos entre san Ambrosio, san Agustín y su homónimo Nicetas de Trèves¹².

“Quedaba reservado a la erudición moderna el restituir a Nicetas su personalidad y sus escritos, el devolverle en particular la obra maestra que le debe la liturgia, el *Te Deum*. Hemos visto que los manuscritos más antiguos se lo atribuyen. Ahora bien, su vida nos lo muestra encerrado por así decir, en el círculo de ideas del *Te Deum*: exponer simplemente la fe en Dios, en la Trinidad, en Cristo, ése fue su trabajo de obispo misionero, su actividad de catequista. Pasó su vida enseñando el símbolo de la fe, y ¿qué es el *Te Deum* acaso, sino un credo cantado? Sabemos además por su *De Vigiliiis*, y el *De psalmodioe bono*, como también por el testimonio de Paulino, que se preocupaba de despertar la piedad de su pueblo por el canto litúrgico. Estas constataciones reúnen el testimonio de los manuscritos, lo ilustran y acaban de darle su fuerza convincente.

christianisme ancien, op. cit., t. 2, p. 1747, escribe que esta atribución del *Te Deum* a Nicetas es “muy incierta y controvertida”.

¹¹ P. PARIS, op. cit., p. 118.

¹² Cf. *Ibid.*, pp. 118-123.

¹³ *Ibid.*, p. 123. Ver también A. BURN, *Nicetas of Remesiana, His life and works*, Cambridge,

El amigo de Paulino, el obispo que admiraba la piedad y la ciencia del solitario de Nola, es muy digno de haber escrito el *Te Deum*¹³.

Deducimos que Nicetas, obispo de Remesiana y amigo de san Paulino de Nola, parece ser, en el actual estado de la cuestión¹⁴, el autor, al final del siglo IV, del *Te Deum*, que es como una glosa interpuesta entre el *Gloria in excelsis Deo* y los versículos sálmicos que le seguían en el uso antiguo de la oración litúrgica de la mañana. Este venerable texto es pues contemporáneo de la gran época de los Padres de la Iglesia, que los reagrupa en una especie de constelación entre el final del siglo IV y el comienzo del siglo V: este mismo período es también la edad de oro de los formularios litúrgicos. No hace falta decir el cuidado con el que debemos considerar el *Te Deum* para rezarlo mejor.

Una palabra sobre la estructura del texto. Se lo divide habitualmente en tres estrofas: la primera dirigida al Padre y que remata en el *Trisagion*; la segunda relativa a la Trinidad toda, concluye con la mención de las tres Personas divinas; la tercera consagrada a Cristo y a su obra de salvación; vienen luego los versículos adicionales. La ventaja de esta división es que propone partes más o menos iguales. Sin embargo, la distinción entre la primera y la segunda parte no es muy evidente, pues una y otra invocan a la Trinidad toda, aun cuando la primera se detiene en el Padre. La tipografía del himno en los volúmenes de *Liturgia Horarum* retoma esta división. Nosotros articularemos nuestro breve comentario sobre ella..

Conviene no fijar demasiado la distribución de las estrofas del himno, siguiendo lo que dice el conde de Maistre en sus *Noches de San Petesburgo*: “Este cántico inimitable [...] no presenta la más ligera huella del trabajo y de la meditación, no es una *composición*; es una *efusión*; es una poesía ardiente liberada de toda métrica; es un ditrambo divino en el que el entusiasmo, remontando vuelo con sus propia alas, desprecia todos los recursos del arte. Dudo que la fe, el amor, el agradecimiento, hayan hablado jamás un len-

1905, el editor de las obras de Nicetas. También, *The hymne Te Deum and its author*, Londres 1926.

¹⁴ H. LECLERQ observa con su ingenio habitual que desde siempre la reputación es muy importante. Y por este motivo el copista del *Liber hymnorum* del *Franciscan Convent* de Dublin, “para acreditar mejor su bagaje literario frente a sus lectores, les enseñaba que el *Gloria in excelsis*, comenzado por los ángeles en Belén, había sido terminado por san Ambrosio de Milán; que el *Benedicite* de los tres jóvenes Hebreos fue recitado en Senaar y en Diram; que el *Quicumque vult salvus esse* es una composición de tres obispos reunidos en Nicea, en el 325, Eusebio, Dionisio y un colega anónimo; mentalidad de oficial del estado civil que les da un nombre de aventura a los niños encontrados” (*art. cit.*, col. 2046).

¹⁵ J. DE MAISTRE, *Les Soirées de Saint-Petersbourg, ou Entretiens sur le gouvernement temporel*

guaje más verdadero y más penetrante”¹⁵.

Una alabanza a modo de prefacio

“Señor, Dios eterno, alegres te cantamos,
a ti nuestra alabanza,
a ti, Padre del cielo, te aclama la creación.

Postrados ante ti, los ángeles te adoran
Y cantan sin cesar:
Santo, santo, santo es el Señor,
Dios del universo;
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria¹⁶”.

Al leer el inicio del *Te Deum* salta a la vista la semejanza con los prefacios de nuestras plegarias eucarísticas. Comienzan en efecto por alabar a Dios Padre, precisando según las celebraciones un motivo particular de alabanza en Cristo, asocian a los ángeles a esta alabanza, antes de retomar su cántico eterno. Veamos por ejemplo, el primer prefacio común. “En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor [...] Por eso, con los ángeles y los arcángeles, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...”¹⁷.

Existe una dependencia manifiesta entre los dos formularios: invitación a la alabanza, a la acción de gracias y a la adoración; mención del Padre eterno y comunión con la celebración de los espíritus angélicos. No es difícil determinar cuál es el texto primitivo. Si Nicetas de Remesiana ha escrito el *Te Deum* al final del siglo IV, el prefacio, que es el comienzo de la plegaria eucarística, se remonta a comienzos del siglo III y sin duda más allá, conforme a lo que relata san Hipólito en su *Tradición apostólica*, escrita en Roma en el 215¹⁸. Es evidente que el *Te Deum* canta al unísono oraciones

de la *Providencia*, Lyon, Pélagaud, Lesne et Crozet, 1836. t. 2, Septième entretien, p. 49.

¹⁶ La versión castellana del *Te Deum* está tomada de la *Liturgia de las Horas* según el Rito Romano de la Conferencia Episcopal Argentina, 1981 (N. del T.).

¹⁷ La versión castellana de los textos del *Misal Romano* están tomados del texto unificado en lengua española publicado por la Conferencia episcopal Mexicana. 9ª ed., febrero de 1998 (N. del T.).

¹⁸ Ver Dom LE GALL, *La Messe au fil de ses rites*, Chambray-lès-Tours, C.L.D., 1992, pp. 137-138.

¹⁹ Sólo el último versículo de la cuarta parte, a la vez anterior y adicional, contiene la primera

cristianas más antiguas.

La primera estrofa evoca también el primer artículo del *Credo*, relativo al Padre: “Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible”. Sin embargo, el símbolo es enunciativo: es una profesión de fe. Nuestro himno de alabanza es una oración dirigida a Dios, y en primer lugar al Padre, como toda plegaria eucarística. Aquí no es sólo el sacerdote quien canta la alabanza, en nombre de todo el pueblo cristiano, sino que es la asamblea en pleno. Es notable que el *Te Deum* emplee siempre la primera persona del plural y no la primera persona del singular, como el *Credo*. Es el himno de toda la Iglesia, en el cielo y en la tierra¹⁹. “Creo en un Dios”, decimos juntos en la profesión de fe, a la vez personal y comunitaria; “Toi, Dieu, nous te louons” (“A ti, Dios, te alabamos”), entonamos en el himno de alabanza.

Acabamos de traducir aproximadamente las primeras palabras del himno, aunque el *Te Deum laudamus* debería convertirse simplemente en “Toi, Dieu, nous louons” (“A Ti, Dios, alabamos”), pero el correcto francés nos obliga a retomar el pronombre personal de la segunda persona: “Toi, Dieu, nous te louons” (“A Ti, Dios, te alabamos”). La traducción oficial dice: “A toi, Dieu, notre louange” (“a Ti nuestra alabanza”), lo que es bueno, pero no conserva la nitidez cristalina de la entonación y de la invocación: *Te*. Una manera tal de entrar en materia es relativamente rara. Sabemos que André Gide llamaba a los salmistas “los tuteadores de Dios”. De hecho, los salmos están llenos de esta apelación directa lanzada hacia Dios, pero muy pocos entre ellos comienzan así como el *Te Deum*. Exceptuando el salmo 64: *Te decet hymnus, Deus in Sion*, literalmente “Oh Dios, tú mereces un himno en Sión”, que se convierte en la traducción del texto litúrgico (versión ecuménica): “Il est beu de te louer, Dieu en Sion” (“Es bueno alabarte, oh Dios, en Sión”). Conviene notar que la entonación de la Vulgata está en el origen de la aclamación prevista en la *Regla* de san Benito después del canto del Evangelio al final de las vigiliat: *Te decet laus, te decet hymnus, tibi gloria Deo Patri et Filio cum Sancto Spiritu, in saecula saeculorum. Amen*²⁰, que parece ser un *Te Deum* condensado. Notemos también la manera en que el Canon

persona del singular: “A ti, Señor me acojo, no quede yo nunca defraudado”.

²⁰ RB 11,10. “El *Te decet laus* no es un himno, escribe L. DATTRINO, sino más bien una fórmula litúrgica en forma de aclamación a la gloria de la Trinidad. Como el *Gloria Patri*, aquel es una doxología menor, en tanto que el *Te Deum* es considerado como una doxología mayor. De origen muy remoto, el *Te decet* ya figura en las *Constituciones apostólicas* (VII,48) y en la liturgia bizantina para el oficio de la mañana” (*Dictionnaire Encyclopédique du Christianisme ancien, op. cit.*, t. 2, p. 2381). Recordemos que las *Constituciones apostólicas* datan de finales del siglo IV, lo que significa que las piezas que contienen son anteriores.

²¹ Ver de Dom LE GALL, *La saveur des psaumes*, Chambray-lès-Tours, C.L.D., 2000, pp. 115-

romano comienza después del *Sanctus*: *Te igitur, clementissime Pater*, lo que quiere decir: “Tú pues, oh Padre clementísimo”, bien traducido en el texto oficial francés por “Père infiniment bon, toi vers qui montent nos louanges”, (“Padre Misericordioso te pedimos humildemente”), aun cuando el “toi” (el “ti”) ha debido ser, aquí también, desplazado.

Muy a menudo, los salmos se dirigen al *Tú* divino; es en relación a él que se definen el *yo* del salmista o el *nosotros* del pueblo. “El salmista nunca está solo; no habla completamente solo. Si da la impresión de entregarse a un monólogo interior, o aún si dialoga con su alma, es porque busca al único interlocutor de los salmos: Dios. El *yo* del que salmodia está siempre orientado hacia el *Tú* divino. Dios que inspira los salmos atrae hacia él el gemido, el deseo y el regocijo de los hombres que lo buscan. [...] Los salmos no son más que una inmensa invocación hecha al *Tú* divino por un salmista o por todo el Pueblo de Dios. [...] En esta perspectiva, el diálogo del salterio encuentra su culminación en la gran Oración sacerdotal de Jesús antes de su Pasión, prefacio del Misterio pascual o salmo último: “No ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío, y en ellos he sido glorificado” (Jn 17,9-10) Hay que entrar en esta luz en el ir y venir constates de los *yo* y de los *tú*, de los *Tú* y de los *Yo* en esta sinfonía de las personas que constituyen las Alabanzas”²¹.

El *Te Deum* no se contenta con señalar el *Tú* divino desde la primera frase; no deja de volver sobre él; más aún, es una de sus características. Se puede contar en el texto original latino 11 *te*, 3 *tibi*, 5 *tu*, 1 *tua*, 2 *tuae*, 2 *tuum*, 2 *tuis*, lo que suma 26 pronombres o adjetivos relativos a la segunda persona del singular. En la traducción francesa, apuntamos 10 *toi*, 5 *tu*, 2 *t*, 2 *te*, 2 *ton*, 4 *ta*, 1 *tiens*, lo que conduce de manera un poco diferente al mismo total de 26²². Una compatibilidad tal tiene el mérito de poner en evidencia, en un texto relativamente corto (incluidos los versículos sálmicos), la intensidad de la alabanza personalizada.

La asamblea de los cielos entorno a la Trinidad

La primera parte del *Te Deum* termina con el canto del *Sanctus*, igual que el prefacio. Dios es el tres veces santo, cantado por los serafines que ve el profeta Isaías en su visión inaugural, los que se gritaban unos a otros:

116.

²² En la versión castellana se cuentan: 7 *te*, 7 *ti*, 7 *tu*, 7 *tú*, 1 *tus*, en total: 29 pronombres o adjetivos (N. del T.).

²³ “A Ti los Apóstoles glorifican”. El texto latino es diferente: *Te gloriosus Apostolorum chorus*,

“Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos. Toda la tierra está llena de su gloria” (Is 6, 3) El himno canta: *Pleni sunt coeli et terra maiestatis gloriae tuae*, lo que no logra del todo la traducción francesa (“le ciel et la terre sont remplis de ta gloire” [“el cielo y la tierra están llenos de tu gloria”]), como en el *Sanctus* que sigue al prefacio). No obstante, al principio de su visión, Isaías ya ha contemplado a Dios en su majestad: “Yo vi al Señor sentado en un trono elevado y excelso, y las orlas de su manto llenaban el Templo” (6,1). La continuación del *Te Deum* nos mantiene en la gloria divina, en el templo del más allá:

“A ti, Señor, te alaba el coro celestial de los apóstoles,
la multitud de los profetas te enaltece,
y el ejército glorioso de los mártires te aclama.

A ti la Iglesia santa,
Por todos los confines extendida,
Con júbilo te adora y canta tu grandeza:

Padre, infinitamente santo,
Hijo eterno, unigénito de Dios,
Santo Espíritu de amor y de consuelo”

Cantamos a Dios no sólo con el coro de los ángeles, sino con los santos que han seguido a Cristo en su misterio pascual y salmodian en el cielo el cántico del Cordero (*Ap* 14,1-5). Los Apóstoles son los compañeros más cercanos a Cristo, sobre quienes ha sido fundada la Ciudad celeste: “La muralla de la Ciudad se asentaba sobre doce cimientos, y cada uno de ellos tenía el nombre de uno de los doce Apóstoles del Cordero” (*Ap* 21,14)²³.

Los profetas nombrados a continuación no son los del Antiguo Testamento, grandes o pequeños, sino aquellos de los que habla san Pablo a los Corintios, cuando muestra la complementaridad de los carismas en la Iglesia: “Ustedes son, les escribe, el Cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, miembros de ese Cuerpo. En la Iglesia, hay algunos que han sido establecidos por Dios, en primer lugar, como apóstoles; en segundo lugar, como profetas; en tercer lugar, como doctores...” (*1 Co* 12,27-28). El profeta, explica más adelante, es el que interpreta las palabras de aquellos que hablan en lenguas: “Procuren alcanzar ese amor, y aspiren también a los dones espiri-

lo que significa: “A ti (te alaba) el glorioso coro de los apóstoles”, Los Apóstoles no sólo glorifican a Dios, sino que ellos son gloriosos, pues han entrado en la gloria divina.

²⁴ Aquí el texto francés: “A Ti proclaman los profetas”, no traduce exactamente el texto

tuales, sobre todo al de profecía. Porque aquel que habla un lenguaje incomprensible no se dirige a los hombres sino a Dios, y nadie le entiende: dice en éxtasis cosas misteriosas. En cambio, el que profetiza habla a los hombres para edificarlos, exhortarlos y reconfortarlos” (14,1-3)²⁴.

Finalmente llega el blanco ejército de los mártires, que atestiguan el Apocalipsis. Uno de los ancianos, que rodean el trono de Dios, pregunta a Juan: “¿Quiénes son y de dónde vienen los que están revestidos de túnicas blancas?”. Juan responde que no sabe. El anciano continúa: “Estos son los que vienen de la gran tribulación; ellos han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y le rinden culto día y noche en su Templo” (7,13-15). El latín trae la bella fórmula *Te martyrum candidatus laudat exercitus*: el adjetivo *candidatus* significa “blanqueados” en el sentido de “vestidos de blanco”; de esa manera eran revestidos con una toga blanca los Romanos “candidatos” al consulado, al tribunal, etc. En la era cristiana, los “candidatos” eran los nuevos bautizados revestidos con un alba blanca, símbolo de su renacimiento.

Esta triple mención de los Apóstoles, de los profetas y de los mártires, en ese orden, muestra una dependencia del autor del *Te Deum* respecto de san Cipriano (muerto en el 258), que escribe al término de su tratado sobre la muerte: “¡Qué dulzura morir sin temor! ¡Qué profunda y perpetua felicidad vivir en la eternidad! Allí se encuentra el glorioso coro de los Apóstoles, la multitud gozosa de los Profetas, el innumerable ejército de los mártires coronados por sus victorias contra el enemigo y el sufrimiento y gozando allí de su triunfo”²⁵.

La lista de los santos no es tan exhaustiva como en san Cipriano o en la antifona de las primeras vísperas de Todos los Santos en el Antifonario monástico²⁶, pero quiere evocar lo que el autor de la carta a los Hebreos llama la “*panegiría*” celestial: “Ustedes se han acercado a la montaña de

original. En efecto, *Te prophetarum laudabilis numerus* se traduce: “A Ti te ensalza la asamblea digna de alabanza de los profetas”.

²⁵ *De Mortalitate*, 26; PL 4,602: “Illic Apostolorum gloriosus chorus, illic Prophetarum exultantium numerus, illic Martyrum innumerabilis populus ob certaminis et passionis victoriam coronatus” (...) [«... Allí el coro glorioso de los apóstoles, allí el grupo de los profetas gozosos, allí la multitud de innumerables mártires que están coronados por los méritos su lucha y sufrimientos...»].

²⁶ Ella canta por turnos a los ángeles, los arcángeles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades, las virtudes, los querubines, los serafines, los patriarcas, los profetas, los doctores, los apóstoles, los mártires -notar la proximidad profetas, apóstoles, mártires-, los confesores, las vírgenes, los ermitaños, y todos los santos. Hay que remarcar que en *La liturgia de las horas*, la antifona de las primeras vísperas de Todos los Santos recoge el *Te Deum*: “Bienaventurada Trinidad, un solo Dios. Los profetas, los Apóstoles, los mártires te celebran, todos los santos en el cielo adoran tu gloria”; el texto latino manifiesta que la cita es literal.

²⁷ De ahí la palabra francesa “panégirique” (el panegírico), que designa un discurso solem-

Sión, a la Ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial, a una multitud de ángeles, a una fiesta solemne, a la asamblea de los primogénitos cuyos nombres están escritos en el cielo.” (12, 22-23). La *panegiria*, traducida aquí por “fiesta solemne”, es, en griego, una asamblea de todo el pueblo para una fiesta solemne y gozosa²⁷.

El término “iglesia” designa también una asamblea: la que Dios convoca, reúne poco a poco y conduce al cielo. La Iglesia gloriosa o triunfante, como decimos, es la misma, en un estado diferente, que la Iglesia militante, la que da testimonio de su fe en Dios: “C’est toi que par le monde entier l’Église annonce et reconnaît” (“A Ti la Iglesia Santa, por todos los confines extendida, con júbilo te *adora* y *canta* tu grandeza”). Dos verbos franceses traducen aquí el único verbo latino: *Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia*, ya pronunciado a partir del primer verso: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur. Confiteri*, significa “confesar” o “proclamar” su fe. En los dos casos, la “confesión” se refiere a Dios considerado como único: “Dios, te alabamos; confesamos que tú eres Señor”. Recién después viene la mención del Padre. En dicho verso, es también el Dios Uno el que es confesado por la Iglesia en el mundo entero²⁸, inmediatamente antes de la mención explícita de las tres Personas divinas, que es una de las joyas del *Te Deum*.

El *Te* invocado es al mismo tiempo el Dios único y cada una de las Personas. Primero el Padre, fuente y origen en la divinidad: *Patrem immensae maiestatis*, literalmente “Padre de inmensa majestad”, lo que la traducción convierte en “Padre infinitamente santo”; concuerda con el *Trisagion* de la visión inaugural de Isaías, pero la imagen de la “majestad” divina estaba también presente desde el comienzo de esta visión, cuando Dios es presentado sentado en su trono, con las orlas de su manto que llenan el santuario (*Is* 6,1). En dos oportunidades, el Canon romano habla de la majestad divina: primero en el momento de la anámnesis: “Te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado”; luego un poco más adelante: “Te pedimos humildemente Dios todopoderoso, que esta ofrenda

ne pronunciado en honor de un acontecimiento o de una personalidad. “Discurso en alabanza de una persona ilustre, de una nación, de una ciudad”, define el *Petit Robert*, Paris, 1981, p. 1347. *Auguris*, en griego, es la multitud reunida; y *paneguris* es “toda” la multitud reunida, hermosa imagen de la Ciudad celestial.

²⁸ Se encuentra la misma expresión a propósito de la Iglesia de la tierra en el Canon romano al principio: *quam pacificare, custodire, adunare et regere digneris toto orbe terrarum* (para que le concedas la paz, la protejas, la congregues en la unidad y la gobiernes en el mundo entero).

²⁹ En latín: *Offerimus praeclarae maiestati tuae de tuis donis ac datis* para la *anamnèsis*; *in conspectu*

sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel"²⁹. Puede gustarnos retomar la fórmula "Padre de inmensa majestad", como oración jaculatoria, a la manera de la invocación con la que comienza en francés el Canon romano: "Padre infinitamente bueno", "Hijo eterno, Unigénito de Dios" (Fils éternel et bien-aimé, que en castellano se traduce por "Hijo eterno y bienamado"): ésta es otra fórmula que puede gustarnos retomar a lo largo del día para saludar a Jesús y expresar nuestra comunión con él. El calificativo de "bien-aimé" es atribuido con justicia a Jesús, pues retoma la palabra misma del Padre cuando designa a su Hijo durante el bautismo en el Jordán: "Este es mi Hijo muy querido ("bien-aimé"), en quien tengo puesta toda mi predilección" (Mt 3, 17). Contrariamente, el adjetivo "eterno" es con más frecuencia ligado al Padre, como al comienzo de los prefacios: "Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno". El original latino es un poco diferente: *Venerandum tuum verum et unicum Filium*, es decir "Tu Hijo verdadero y único, que debemos venerar".

Esa palabra *venerandum* es típica del lenguaje litúrgico romano; hay que reconocer que no concuerda con nuestro francés actual. Por ejemplo, en el Canon romano, dos veces en el relato de la institución, se repite un adjetivo con esta raíz: se dice que el Señor Jesús, "la víspera de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos" (*in sanctas ac venerabiles manus suas*), lo que en francés se convierte, "il prit le pain dans ses mains très saintes" ("tomó pan en sus santas y venerables manos"). La misma fórmula latina se encuentra en la consagración del cáliz, pero aquí la traducción francesa dice solamente : "il prit dans ses mains cette coupe incomparable" ("tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos"). En la concisión del latín, estas fórmulas testimonian una cierta forma de respeto o de reverencia, típica del genio romano, con su sentido de la *pietas* o de la *devotio*, que son mucho más que la "piedad" o la "devoción". San Pablo nos ha enseñado que "nadie puede decir: "Jesús es Señor", si no está impulsado por el Espíritu Santo" (1 Co 12,3). Por esto es nombrado luego el Paráclito, gracias al cual la oración va a proseguirse con una ardiente invocación a Cristo.

La "eucaristía" hecha a Cristo

"Oh Cristo, tú eres el Rey de la gloria,
tú el Hijo y Palabra del Padre,

divinae maiestatis tuae, en el *Supplices te rogamus*, esta última mención es traducida simplemente por "a tu presencia" (en francés: "en presencia de tu gloria").

³⁰ La traducción francesa dice "le Seigneur de la gloire" (el Señor de la gloria) y "le Fils du

Tú el Rey de toda la creación.

Tú, para salvar al hombre,
Tomaste la condición de esclavo
En el seno de una virgen.

Tú destruiste la muerte
Y abriste a los creyentes las puertas de la gloria.

Tú vives ahora,
Inmortal y glorioso, en el reino del Padre.

Tú vendrás algún día,
Como juez universal.

Muéstrate, pues, amigo y defensor
De los hombres que salvaste.

Y recíbelos por siempre allá en tu reino,
Con tus santos y elegidos.

Después de la mención explícita y seguida de las tres Personas divinas, el *Te Deum* se detiene junto a Cristo, aquel que ha venido a revelarnos al Padre en el Espíritu. Si el himno se caracteriza por el uso del vocativo, eso es todavía más manifiesto en esta sección. Una simple ojeada a la tipografía hace resaltar cinco *Tu* que se destacan al comienzo de los versículos, luego un *Te* que viene después. En francés, cuatro *Tu* y un *Toi* aseguran ese mismo ritmo personalizado (en castellano: siete *Tú* y un pronombre enclítico *te* -muéstrate-).

Se trata de Cristo, tal como está al presente en la gloria de su Padre, verdaderamente “Rey de gloria”, “Hijo eterno del Padre”³⁰. Esta eternidad del Hijo sugiere al autor un pensamiento delicado: “Tú, para salvar al hombre, tomaste la condición de esclavo, en el seno de una virgen”. Uno de los Tres se ha hecho uno de entre nosotros, gracias al consentimiento de la Virgen, que ha hecho posible la concepción virginal del Hijo de Dios como “hijo del hombre”. Aquí, como en el Credo y en las Plegarias eucarísticas, María está presente, en el cruce de los caminos que van de Dios al hombre y del hombre a Dios. Se trata de una piedra de toque de la fe cristiana, de

Dieu vivant” (el Hijo del Dios viviente).

³¹ En latín en el himno: *Tu, devicto mortis aculeo, aperuisti credentibus regna caelorum* (Tú, vencido

acuerdo con esa palabra de san Juan en su primera carta: “En esto reconocerán al que está inspirado por Dios: todo el que confiesa a Jesucristo manifestado en la carne, procede de Dios” (4, 2)

Al cantar el *Credo*, nos inclinamos en las palabras que expresan el misterio de la Encarnación -incluso nos arrodillamos en Navidad y el 25 de marzo-; de la misma manera, la tradición monástica proveniente de Cluny nos indica hacer inclinación profunda cuando cantamos este versículo.

El himno continúa en la tonalidad pascual, evocando la victoria sobre la muerte y la apertura de las puertas del Reino; el texto latino retoma una imagen de san Pablo en su primera carta a los Corintios, cuando se entrega a uno de sus arrebatos líricos: “La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón? Porque lo que provoca la muerte es el pecado y lo que da fuerza al pecado es la Ley. ¡Demos gracias a Dios, que nos ha dado la victoria por nuestro Señor Jesucristo!”³¹ (15, 54-56). Siguen esos versículos muy próximos al *Credo*: “Tú vives ahora, inmortal y glorioso, en el reino del Padre. Tú vendrás, algún día, como juez universal”.

Sigue un llamado apremiante al Salvador: “Muéstrate, pues, amigo y defensor de los hombres que salvaste”, lo que resulta menos marcado en el latín: *Te ergo, quaesumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti* (“Tú, pues, ven en ayuda de tus servidores, que has rescatado con tu sangre preciosa”). El libro del Apocalipsis evoca a menudo esa sangre del Cordero: “Él nos amó y nos purificó de nuestros pecados, por medio de su sangre”, leemos desde la primera página (1,5); la liturgia celestial resuena con el cántico nuevo, que es un agradecimiento al Cordero vencedor: “Tú eres digno de tomar el libro, y de romper los sellos, porque has sido inmolado, y por medio de tu Sangre, has rescatado para Dios a hombres de todas las familias, lenguas, pueblos y naciones. Tú has hecho de ellos un Reino sacerdotal para nuestro Dios, y ellos reinarán sobre la tierra” (5, 9-10; cf. 7, 14).

La última palabra es una súplica ardiente: *Aeterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari*, lo que quiere decir: “Haz que tus servidores sean contados en el número de los elegidos en la gloria”. El francés es menos expresivo: “Prends-les avec tous les saints dans ta joie et dans ta lumière” (“Recíbelos allá por siempre en tu reino, con tus santos y elegidos”). Por última vez, nos remite al Apocalipsis, implorando al Salvador, con una tierna confianza, para que nos cuente entre los ciento cuarenta y cuatro mil marcados con el sello de Dios (cf. 7,4), para cantar por siempre su cántico en los cielos.

el aguijón de la muerte, abriste el Reino de los cielos a los creyentes).

³² Cf. A. CHUPUNGCO, “Canon Romain” en el *Dictionnaire encyclopédique du christianisme*

Así concluye la obra del autor del *Te Deum*. Lo que sigue -ya lo sabemos- no es más que una copia de las oraciones de la mañana que se recitaban después del *Gloria*.

Los versículos sálmicos adicionales

“Salva a tu pueblo, Señor,
Y bendice a tu heredad.

Sé su pastor,
Y guíalos por siempre.

Día tras día te bendeciremos
Y alabaremos tu nombre por siempre jamás.

Dígnate, Señor,
Guardarnos de pecado en este día.

Ten piedad de nosotros, Señor,
Ten piedad de nosotros.

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
Como lo esperamos de ti.”

La mayoría de estos versículos están literalmente tomados de los salmos. Así, el primero es el noveno y último del Salmo 27. El segundo (en la versión castellana, el tercero) es palabra por palabra el segundo versículo del Salmo 144, excepto que los verbos pasan del futuro al presente y de la primera persona del singular a la primera persona del plural. La fórmula que sigue es textualmente el versículo, seguido de su respuesta, que encontrábamos en otro tiempo en las oraciones que seguían al oficio de Prima: “En este día, Señor, dígnate guardarnos del pecado”, lo que confirma la ubicación de este grupo de versículos al final de la oración de la mañana (las vigiliias o las laudes), como lo hemos visto. El “Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros” es una cita literal del Salmo 122, que es un salmo gradual (v. 3). El último versículo del himno largo en francés es ante todo el último versículo del Salmo 32 (v. 22): “Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de Ti”, pero el himno latino comporta aún otro versículo sálmico, el primero del Salmo 30, que es idénticamente el primer versículo del Salmo 70.

Vemos que el *Te Deum* está como engarzado entre el *Gloria in excelsis*

Deo y estos versículos sálmicos que datan al menos del siglo IV o del siglo V antes de Jesucristo. A decir verdad, como lo hemos constatado, nuestro himno es el que ha venido a deslizarse en medio de estos venerables textos.

Conclusión

El *Te Deum* es aproximadamente contemporáneo de los grandes formularios fijados durante los siglos de oro de la liturgia, los siglos IV y V, como el *Credo* Niceno-Constantinopolitano, las plegarias eucarísticas -el Canon Romano-³² y sus prefacios. Se manifiesta en la concisión del lenguaje y la plenitud de la inteligencia espiritual de los elementos fundamentales de la fe, que caracterizan ese elevado período en la vida de la Tradición de la Iglesia³³.

A diferencia del *Credo*, que es enunciativo o declarativo, el *Te Deum*, como el *Te igitur* que abre el Canon Romano, es una oración, una llamada a Dios en vocativo. El *Te Deum* no se dirige solamente al Padre, como todas las plegarias eucarísticas y la mayoría de las oraciones, sino a cada una de las Personas divinas, pero más particularmente al Padre y a Cristo.

En calidad de eminente "tuteador" de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, el *Te Deum* es pariente cercano de los salmos y también de los *berakoth* o bendiciones tan familiares a la piedad judía³⁴. Es decir que el estilo de nuestro himno está trabajado por siglos de *devotio antiqua*, "devoción" que

ancien, op. cit., T. 1, 1990, pp. 403-406

³³ El joven Prosper GUÉRANGER, el futuro abad de Solesmes, ha escrito en su Autobiografía cómo ha descubierto en el Misal romano, oponiéndose a sus prejuicios galicanos, la inspiración de los Padres: "A pesar de mi poca inclinación hacia la liturgia romana que por otra parte yo no había estudiado con seriedad, me sentí de pronto penetrado por la grandeza y la majestad del estilo empleado en este Misal. El empleo de la Sagrada Escritura, tan grave y tan llena de autoridad, el perfume de la antigüedad que emana de este libro, sus caracteres rojos y negos, todo esto me llevaba a comprender que acababa de descubrir en este Misal la obra aún viva de esta antigüedad eclesástica que me apasionaba. El tono de los Misales modernos me pareció desde entonces desprovisto de autoridad y de unción, al sentir la obra de un siglo y de un país, al mismo tiempo que el trabajo personal. Yo me había convertido finalmente, y la misericordia de Jesús, el Soberano Sacerdote, había querido que mi conversión se realizara en el altar, en la celebración misma del divino misterio. Sin duda estas impresiones no se presentaron ante mí desde el primer momento de una manera tan precisa como lo expongo aquí; pero se hicieron sentir lo suficientemente vivas como para que el pensamiento de adoptar el Breviario romano que presentaba que debía ser el complemento del Misal, no tardó en nacer en mi espíritu. De pronto no quise celebrar la Misa fuera del Sacré Coeur, porque sólo allí encontraba este querido Misal que hablaba como los Santos Padres, en tanto que el otro hablaba como el recién llegado" (p. 35; cf. Dom LE GALL en *La Maison Dieu*: "A l'unisson des Pères. L'Influence durable de Dom Guéranger sur la réforme liturgique" n° 219).

³⁴ Cf. *La Messe au fil de ses rites, op cit.*, pp. 112-135.

³⁵ Cf. *La saveur des psaumes, op cit.*, pp. 9. 20. 23s.

se remonta a la edad de oro de los Padres y de la liturgia, más aún a la tradición de los salmistas, cantores que anunciaban al mismo Cristo, “gran chantre” de los Salmos³⁵. No se ha vuelto por eso frágil o polvoriento, objeto de veneración distante. El *Te Deum* se mantiene vivo, recitado, cantado: es la conclusión solemne del oficio de lecturas los domingos y días de fiesta (de las vigiliyas de los domingos y fiestas en la *Regla* de san Benito).

Es también, en ciertos días, la acción de gracias solemne a Dios cantada por la Iglesia, incluso cantada en la Iglesia o en una catedral por una nación. Decir que el *Te Deum* es *La Marsellesa de la Iglesia*, como titula un autor alemán³⁶, es un poco exagerado. Pero es cierto que la historia de Francia, como la de otros países católicos, ha visto ritmar sus horas importantes por *Te Deum* vibrantes. En sus *Memorias de guerra*, el general de Gaulle evoca de la siguiente forma uno de esos momentos históricos:

“El 9 de mayo [1945], la víspera de la victoria, fui a Notre-Dame para el *Te Deum* solemne. El cardenal Suhard me recibió en el atrio. Todos los oficiales estaban ahí. Una multitud llenaba el edificio y desbordaba en los alrededores. En tanto que el cántico de triunfo hacía retumbar las bóvedas y una especie de estremecimiento, que se elevaba de la asistencia, se deslizaba hacia la plaza, los muelles, las calles de París, yo me sentía, en el lugar que la tradición me había asignado en el coro, invadido por los mismos sentimientos que habían exaltado nuestros padres cada vez que la gloria coronaba a la patria. Sin que podamos olvidar las desgracias que compensan nuestros triunfos, ni los obstáculos que, hoy día, se levantan frente a la nación, había en esta perennidad con que sostener los ánimos”³⁷.

A partir de la época barroca el *Te Deum* se convirtió en “el himno de acción de gracias en las grandes ocasiones de la vida del Estado y de la sociedad”³⁸. Inspiró a varios compositores célebres, como Haendel, Berlioz o Charpentier, pero la referencia sigue siendo el himno gregoriano con sus dos tonalidades, una más antigua y auténtica, la otra más reciente y más

³⁶ A. GERHARDS, “Te Deum laudamus, die Marseillaise der Kirche”, en *Liturgisches Jahrbuch*, Münster, 40 (1990), especialmente en p. 70. Citado por M. KUNZLER, *La liturgie de l’Eglise*, Paris, Éd. Saint Paul, 1997, col. Amateca, Manuels de théologie catholique, vol. X, tr. del alemán, p. 489, nota 23.

³⁷ Charles DE GAULLE, *Memoires, Le Salut*, Paris, Gallimard, NRF, Bibliothèque de la Pléiade, 2000, p. 838, cf. p. 738.

³⁸ A. GERHARDS, *op. cit.*, p. 489, nota 24.

³⁹ Es conocida la inspirada respuesta de santa Juana de Arco a quien le preguntó si Dios amaba a los ingleses: “Oui, mais chez eux!”. Lo que hace nacer constantemente y perdurar las guerras

popular, ambas cantadas. Existen adaptaciones del himno en diversas lenguas.

El *Te Deum* no canta la gloria del hombre o de las naciones³⁹, sino la de Dios y de sus santos; implora en su último pedido la participación en esta gloria eterna. El *Gloria in excelsis Deo* menciona tres veces la gloria de Dios: es su primera palabra; es también su última palabra o casi: “En la gloria de Dios Padre” (*in gloria Dei Patris*); y es también su palabra mediana, si se puede decir: “Te damos gracias por tu inmensa gloria” (*gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*).

En el *Te Deum*, aparece cinco veces la gloria en el único texto auténtico: “El cielo y la tierra están llenos de tu gloria”, en el Trisagion; “A Ti los Apóstoles te glorifican” (*Te gloriosus apostolorum chorus*), en el versículo que sigue; “Tú, el Señor de la gloria”, en la primera invocación a Cristo (*Tu rex gloriae, Christe*); “Tú te sientas a la derecha de Dios en la gloria del Padre” (*Tu ad dexteram Dei sedes in gloria Patris*), continúa la apelación; “Haz que tus servidores sean contados en el número de tus elegidos en la gloria” (*Aeterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari*), concluye la alabanza con una oración. El *Te Deum* resulta pues como otro *Gloria*, más aún, como una continuación o una secuencia del *Gloria*, conforme a su origen o al menos a su ubicación en la liturgia original; la gloria que canta no es solamente la gloria de Dios -la que celebra el *Gloria*-, sino también la de los santos y la nuestra en él, pues tal es el designio misericordioso del Padre, gracias a la sangre de su Hijo y al don del Espíritu.

6 rue Mgr. de Ligonnès
48000 Mende
Francia

es, por una parte, la voluntad de poder; y por otra, la reacción defensiva que esa voluntad suscita. Dios nos ama, en su plan de amor eterno, a cada uno de nosotros, a cada una de las naciones, por lo que cada uno es o por lo que cada nación es.